Tomás Calvillo

El vientre de la neblina

Tomás Calvillo

El vientre de la neblina

CREACIÓN / POESÍA

El vientre de la neblina

El Colegio de San Luis

Primera edición en formato digital, 2022

© Tomás Calvillo Unna

D.R. © El Colegio de San Luis

Parque de Macul 155

Fracc. Colinas del Parque

San Luis Potosí, S. L. P. 78294

www.colsan.edu.mx

E-ISBN: 978-607-8794-92-8

Conversión a ePub: Logos editores

Hecho en México

El vientre de la neblina

Tomás Calvillo

EL COLEGIO

DE SAN LUIS

Índice

El altar de la vida
El tráfico del amanecer
La cicatriz del tiempo
Las frutas son esencialmente irresponsables
El peluquero pregunta
Y en algún lugar
La enseñanza de diciembre
Febrero nocturno
La espada y la rosa
Galería de promesas
Sin palabras
Rojo signo
Proclama
Lo callamos
La primera y única
El método de la oración
Qué poca…
La libertad de la disciplina
El derrumbe
Un misterio revelador
El dominio de la ilusión
Colectiva hipnosis, vital distancia
Estamos en alto, es roja la luz
La pareja de Manila en San Luis Potosí
También en Malate y la 57
El paisaje
El poder de ellas, más que poder
Está abierta esta herida
Nuestro punto ciego
Nos envuelve el frío
El desmembramiento de la Palabra
Cuerpos de Luz: Jesús
Soberana luna del altiplano
Profecía
Inquietud
A la intemperie
Pasará el tiempo nuestro
Mayo aún más cruel
El ritual horadado
El otro tema al atardecer

El Silencio
Zumbido
¿Quiénes somos?
Las palabras
El vientre de la neblina
El tianguis de la resistencia
Tiempos y lugares estos
La razón del corazón
Tríptico del tiempo. Del calendario
La ligereza radiante de tu alma
El reloj del silencio
La alabanza de las palmeras…
El lugar de la resistencia
El boleto es sólo de ida

El altar de la vida

Y se fue el tiempo,
Nos restan parcelas de sentimiento,
Orquídeas de atrevimientos
Pinceladas imprecisas
Sueños sueltos como siempre
Horas ya sin peso alguno
Mañanas en instantes

Un saberse abrumado
De las ciudades del deseo
Aspiraciones inalcanzables
Una tras otra, ya millones;

Qué algarabía extraviada
Qué pretensión
Qué abismo en cada uno
Qué incapacidad de tender la mano
Qué engaño, qué gusto por el engaño

Así la hemos llevado
Justos e injustos
Mujeres y hombres
Una especie fascinante e ilusa
Cada vez más lejana de su origen
Ausente, apegada a sus temores
Esquiva
Absorta en sus conocimientos
Engreída

Y de pronto la muerte de tu abuelo a las 4:20,
Jorge Isaac
A la hora del remolino frío que veló al sol,
Nos hizo releer en voz baja:
La ternura inmanente que conforma el mundo
El mundo nuestro de cada día;

Estoy cierto
Que en sus ojos pronunció esa última luz

La primera luz que olvidamos, sutil fortaleza;
Una pizca de eternidad
Tal vez ni eso sea necesario
Eso le toca a la muerte, es su tarea
El desprendimiento total, completo
Que nos permita, incluso,
Saber que ya no estamos vivos;

La partida suya es una bella enseñanza
La última que nos dejó, y suficiente

Puede llover una vez
Puede llover otra vez
Puede llover dos veces
Y más…

El tráfico del amanecer

I

La antigua oración persiste;
—escucho su coro—
asciende las montañas
que circundan los puentes.

Transitamos despacio,
yace un motociclista,
sin casco, en el asfalto.

Levanta su brazo derecho
y lo dobla sobre su rostro.

De reojo veo
la fragilidad de los segundos
la oscura humedad

—agitación y pausa—.

Del otro lado de la malla
se desgaja el silencio
se aproxima la ambulancia,
su sirena primero.

Acelera desde la infancia
su roja luz intermitente.

II

Llegó al café,
a la cita;
a las palabras,

entre amigos.

El accidente
explica la tardanza.

Desplazó al ritmo y los sucesos;
más allá de los cinco metros de circunferencia
de su listón amarillo.

Quién sabe si tenga algo de atajo
o de abismo.

O sólo sea eso
el golpe seco
del dolor ajeno que palpita.

La cicatriz del tiempo

Junto a la ventana puedo ver esa luz del poste:
traza una línea irregular
que llega hasta la pared del cuarto.
Es una franja blanca,
atraviesa el vientre de la noche.

Las perras le ladran.
Está viva.

Ondula y saltan sobre ella, no la pisan.

Es el viento,
ese mago milenario
que dispensa la suerte
y sostiene la cuerda.

Las frutas son esencialmente irresponsables

Por eso dominan los sentidos
y definen el aliento;
alcanzan el desorden,
lo vuelven costumbre,
y en la pulpa de sus aciertos
nos dicen que sí:
la vida es una mordida
de inalcanzables deseos.

Tal vez la naranja en su jugo
nos despierte a tiempo;
y tengamos otra temporada
un poco más dulce
y menos agria.

Pero antes,
habrá que esperar
si eso de la reencarnación
es cierto;
porque en estos rezos de acá,
de estas orillas
y meridianos,
no se alcanza aún
esa suerte de esperanza:
la certeza de las huellas
que la memoria descifra.

Y la gente.
Sí, la gente
está envuelta de olvido
y desánimo;
ya no creen,
y si lo hacen,
ya no les interesa.

Valdría la pena conseguir
una manzana de bíblica relevancia
y repartirla a manera de comunión.

Quien quita y es milagrosa
y abrogue sin darnos cuenta
la lápida del tiempo.
Y la carne celeste
de una mañana pródiga,
y el bálsamo amoroso
de otro anochecer,
nos retornen
a ese pozo de eternidad
donde buscamos saber
quiénes somos.

El peluquero pregunta

—¿así está bien,
o más corto?...
Le digo que ya estuvo,
y sin abrumarlo demasiado,
le pregunto, qué siente
al mirar el espejo
donde se consume
la luz.

Se balancea sobre sus piernas,
como que sí, como que no,
mientras guarda sus tijeras.

La mañana es amable,
me dice,
ojalá nos alcance.

Su espejo le ha enseñado
cosas prácticas y un trabajo honesto,
medio siglo cortando el cabello
y dejando bien peinados a niños
y adultos.

Lo más valioso, y se olvida,
es la pulcritud.

Hasta la palabra está en desuso, ¿verdad?

Hay léxicos que desaparecen
o no se comprenden
aunque se consulte el diccionario.

Y en algún lugar

… a esta hora,
mientras busca el gancho
para colgar la chamarra;

la amenaza,
esa medusa infernal,
acecha y aniquila.

Revierte y convierte
los instantes
en vida o muerte:
un asesino, una bomba
un fuerte temblor…

¿Cuántos nombres
entre el clóset
y la luz,
entre el inhalar
y el exhalar,
destaza el verdugo;

por el solo hecho
de haber tomado
unos segundos de más?

La enseñanza de diciembre

La hoguera
en el vientre
de la Virgen
es lo infinito.

Su viento cruza los siglos,
ondea rojizo
entre bosques de encinos
y se adhiere a las espinas
del desierto.
Es el fuego de la Rosa
entre las infatigables nubes
que se arremolinan
sobre la carne viva.

Encendidas llamas del maguey
punzantes elíxires en las sienes
descubren los pasajes de la noche,
y como un espejo en ella
parpadean sus verdes estrellas.

Es el soplo de la luz
que la eternidad consume
la devoción del vitral
y de la espera.

Una vasija de vidrio
todo cuerpo alumbrado;
a orillas del amanecer
en su premura,
el regalo de su halo.

Ella en su pasión de Ser
nos enaltece y abriga.
El cuchillo de la vida
con su luminoso filo
corta una vez y otra
este cordón que se desgaja.

Las huellas de nuestra orfandad
interrogan,
¿cuándo nos separamos?,
¿por qué nos separamos?

La quemadura del tiempo
que nos afirma
en tu aroma presentido
es la promesa del silencio;
tan tuya,
incomprensible dulzura
que nos enamora.

Un presagio,
el palpitar de tu sangre,
ese hilo rubí
que ya es río.
El carmesí impregnado de oro
puntadas
que tejen antiguas ambiciones,
cenizas que sacudes.

Amada nuestra
el secreto de tu vientre
tiene un nombre:
Resurrección.
Sólo esta agua tuya
apaga nuestra sed;
fértil
en la tierra incandescente
al pisar tus pies
serpientes y dragones,
pesadillas y sueños nuestros
que se desprenden
de tu ingrávida sonrisa.

Eres el perfil que aleja
dudas y sombras.
La media luna
en su ir y venir,
su vaivén, el balance
que el bravo mar sostiene.

Tu danza interior,
la de tus llamas
¡qué pureza!
esta orquídea
que nos entregas.

Ahora entiendo el sentido
de mi propia ofrenda.
Heme aquí admirándote.
Presencia de amor,
sabiduría
al descifrar la semilla.

Tu fortaleza es mi inmersión,
sin aspavientos,
así en tu airado estar
acompañando a quien te mira
y sabe callar.

Febrero nocturno

I

Deja ponerme los lentes
para mirarte bien.
Me mandaron el mensaje
que estás espléndida esta noche.
Con la tableta en la mano,
te escribo y te respiro.
Pareces un cuento milenario
que regresa… y eres tú,
solo tú,
en medio de esta altura de silencios
que presides,
en esa hermosura distante.

No te quiero contar las cosas
de aquí abajo, hoy no;
el miedo comienza a apropiarse de las calles
y no tiene nada que ver contigo.
Son dos realidades tan distintas.

Pocos saben verte
y apreciar esas pausas,
cuando te vas
y retornas.

Aquí nos comenzamos a sentir dioses,
ya imaginarás los infiernos que nos esperan.

Perdura ahí en tu inaudita belleza.
Eres el bálsamo nuestro,
sin palabras manifiestas tu esplendor:
humilde y celeste.

Esta noche
te siento debajo de los labios,

en el mentón.

II

La luna llena
al borde de la bóveda,
junto a la copa del árbol,
al caminar,
ella, desde su altura próxima,
alumbra nuestras espaldas;
su luz ensoñadora trastoca a muchos.

Los antiguos la veneraban.
Nosotros muy poco,
habrá algunos más, tal vez.

Su aparición en una noche templada y clara
le retorna su poder puro.

La mujer entiende mejor
su Luz nocturna, su silenciosa presencia;
es como si supiera nuestro camino,
y nos acompañara
a pesar de las vicisitudes
y dudas que llevamos.

Ella está cierta en su cercanía.

La espada y la rosa

Conoció el Mar Rojo
y supo de un pez luminoso
que una hechicera beduina le mostró.

Caminó por los corredores del castillo
que dejaron los cruzados en Tierra Santa;
un velador palestino le señaló la huella del Ángel
en la terraza que mira al desierto.

Se hincó ante el Santo Sepulcro,
entre las lámparas y las miradas
de sacerdotes armenios; besó la fría piedra.

Dejó sus sandalias y descalzo
entró a la mezquita de Omar,
se inclinó ante la roca sagrada del Profeta
y veneró al Corán.

Contempló el Muro
mientras los rabinos balanceándose oraban;
también oró y soñó con La Torah.

En el nacimiento del río Jordán
se bañó y escuchó el rumor de la mujer.

Al oír el correr del agua
leyó poesía en los jardines de la Alhambra;
no sabía aún de los sufis,
pero comprendió aquel aroma.

Estuvo junto a la tumba de los Reyes Católicos
y viajó al Támesis para leer los versos
en la lápida de William Blake.

Escribió unas líneas
que todavía no se borran
en los senderos del Languedoc
donde perduran los versos cátaros

y se oyen aleluyas alrededor del fuego.

Bajo los cedros del sur
encontró otro camino:
la distancia del meñique al pulgar.

En la madrugada descalzo
sobre el mármol de los días y las noches
limpió las huellas de los peregrinos;
cantó los Pauris y honró en su memoria
la sangre derramada,
supo de la semilla de la estirpe.

Al atardecer en Anandpur
valoró las espadas de la fe
y vio esparcir entre azoro y tristeza,
las cenizas del Maestro, en el río Satlush.

En Rangún caminó junto a la Pagoda Dorada
entre los Budas de Shwedagon;
ahí escuchó el conjuro del Tiempo y sus Números;
las sonrisas revestidas de oro lo rodearon
el poder de la soltura le intrigó,
la admirable estupa y su devoción.

A orillas del mar en Maharlika
confirmó los presagios del océano
y comenzó su retorno,
no sin antes escribir unas palabras
en las arenas de Dicasalarin
—'lugar difícil de encontrar'—
donde reposa el dragón.
Y en la Isla de la Ciudad
en la Santa Capilla —Sainte Chapelle—
se cumplió la promesa
¿qué tan antigua?
no más que su luz filtrada
de azules, rojos y amarillos;
no más que el nombre de un rey
testigo mudo de un compromiso
y cuyo nombre bautizó
los muros de cantera
entre las veredas del sol y la luna.

En el vientre de la montaña
donde el eco de las aves
es ya un idioma
que acompaña a los ancestros:
Guardianes de la ofrenda
de la amorosa oración nocturna,
tatuada en los hombros y el cuello,
los celestes pasos de la danza
al unísono del caracol de los sueños;
el dulce fuego del amanecer en sus manos.

Conmovido respiró hondo
cuando descubrió el recuerdo vivo.
Buscó y halló
el secreto que se debe revelar a cada uno.
La luz del desierto abrió su corazón:
el río fluye y circunda al árbol.

Escucha, están cantando el nombre
de este poema: El Templo Dorado
es mi morada.

Galería de promesas

El cubismo está en tu rostro;
la geométrica nariz de la vida y su vuelo.

Su química chapeada
de mejillas silvestres;
el pez delirante río arriba
donde cruzan los caminos
que ya son piernas.

Los labios adquiridos en el mercado,
la irremediable sandía del esteta mexicano,
su oriental caligrafía —las aves como aplausos—
la sonrisa templada de quien lleva la semilla,
anónimo cartero de sí mismo,
sin sombrero, sin corbata.

El crisol de los dientes
y su venerada leche solar.
Las orejas siempre amenazantes
por salirse del marco;
la frente imaginada del mediodía,
sus asombrados limones
ocultos en la garganta
de un cuello acusativo.

Las huellas circulares
del destino que no se cumple
al extraviarse el as de bastos
en el laberinto de las pretensiones,
sus sogas que anudan el horizonte
y son demencia colectiva.

Los hombros que alcanza el niño
y su precoz inquietud
asomándose al pozo del deseo.
El azul como presente
para agradecer la altura
donde todo inicia.

Los ojos como acentos inamovibles
fijos en el acuoso fluir de la especie.

Los tenis triunfantes del regalo
sus cintas blancas al caminar
festivos a cualquier precio,
bajo la túnica, al umbral de la oración.

La espalda mojada del verde;
el adiós de siempre de un viento irrevocable,
asistido por el paisaje generoso dispuesto a ser sendero.

El súbito sueño de los ángulos, triángulos, círculos,
en los márgenes de la pesadilla zigzagueante y veloz
que deja la escarcha de los sinsabores
entre los poros de la piel.
La mesa que resta de la larga noche,
sus cortes en la madera: adelantado cobre
y tabla de salvación en el naufragio
de las fiestas alineadas al alcohol.

Las mancuernillas
de las mañanas perdidas.
El crucial deleite del corazón
fatalmente rojo,
salpicando su vitalidad
entre los intentos del acomodo.

El pañuelo celeste
de una lágrima furtiva
al compás del sentimiento
y aquel rezo que dice así:

Soy ese lector ferviente que aún cree en el Padre Nuestro
de los versos en sus doradas letras capitulares
que se atesoran bajo los párpados a manera de presagios;
en el Ave María de la cintura, en su magistral enseñanza de infinito,
a través del tacto y el aroma presentido de la orquídea
y su bondadosa tertulia, casi infantil, a no ser por su escondido fuego; en el confesionario de la alcoba que despoja al mundo de sus dolores; en la penitencia del amanecer y su compasiva luz de resurrección; en el Rosario de la humedad y sus murmullos virtuosos.
Soy el lector ferviente,

el devoto aspirante al amor
que reescribe el antiguo texto de los padres idos,
y descubre la lúdica desnudez de los cuerpos;
su bella dignidad al estar descalzos en esta galería de promesas.

Las nubes están henchidas de naranjas
y el olor de las limas esparce sus óleos
cuando el sueño se desboca y nos despierta;
la plata se pasa de peso y se convierte en metal precioso,
monedas al aire destellan y por momentos sueltas.
Y si acaso se pierde el tintero por antiguo y perenne
agitaré mis horas y la adolescente parranda
vendrá de regreso; aunque pudiera ser distinto
y la sola conciencia detone sus nucleares átomos del idioma.

La pintura
vuelve a su juego
de ser ventana.

Ahí estaba López Velarde como un mago poniendo cursivas a sus días y saltando desde un trampolín en los Baños de las Ánimas para recordar que al fondo de la alberca los mosaicos fijos mantienen el orden; el mismo que el vate zacatecano en su estancia en San Luis Potosí supo sacudir para explorar con sus metáforas el paisaje de una infancia que se desliza precoz; la premura de saberse atraído por el celeste sulfuroso de una mirada y los pechos en flor de una pubertad superada…
… cuántas notas al calce en ese cubismo incierto del mantel de cuadros negros y blancos bordados por reyes y reinas, sin súbditos ya que obedezcan en una República de sables, pólvora y sangre.

El cubismo del que hablábamos, al principio de los principios,
son los dados de la fábrica que impuso su dominio
y alteró nuestra memoria
disolviendo la eternidad convertida en humo turbio
de inmensas chimeneas de ladrillos,
amarradas por el serpentino silbato de los trenes,
en la madrugada estruendosa de morados y naranjas
que alinea a millones
estrujados,
en sus overoles de mezclilla azul,
con el cisne bordado a la altura del corazón.

Qué tiempo éste de alcázares electrónicos
que disipan cualquier horizonte plausible y siegan la razón,

la despojan de su tiempo esculpido entre el puño y el mentón;
tal vez sólo en la nuca se conserve el nicho
donde perdura intacta la imagen de aquel primer poema
sus tintes dorados y la silueta del ser.

Sin palabras

Y si leo un poema de Neruda
y por alguna razón azarosa
emerge la imagen suya
en el Valle de México recitando
su *Residencia en la Tierra*
a las faldas de la Mujer Dormida,
cuyo cuerpo cubierto de nieve,
es el Iztaccíhuatl; y Neruda
el combatiente de los sentimientos
reescribe "ya habrás bebido sola,
solitaria el té del atardecer"
entre las golondrinas de su memoria
en la siempre viuda pasión de Rangún;
y si el Pablo
se queda ahí sentado para siempre
con el deseo zoomorfo de ser un águila.

Y si leo a Sabines
en una esquina bajo los techos de teja
y lo veo no tan lejos respirar
entre el azulado zigzag del humo,
al mirar a esa mujer de su juventud, sonriendo
invitándolo a dar un paseo; lo miro allá
al fondo del Parque Hundido, escondiéndose
de los Insurgentes que nunca faltan,
para poder besar sin remordimiento alguno,
sin tener que dar explicaciones, besar
en un dorado atardecer a su dichosa amada;
mientras vuelven sus ojos a rastrear
las huellas del felino y leer
su última línea: "no retorna el polvo
de oro de la vida".

Y si pronuncio la Cábala,
el número de su palabra;
y Borges, el Jorge Luis, continúa ensimismado
en la lectura de apócrifos relatos,
con las llamas de sus dedos descifrando

las arenas del tiempo,
entre páginas de una diestra caligrafía
que estremece su hallazgo: el cambio de piel
de su lucidez serpentina;
los espejos de un infinito,
que ni siquiera la eternidad puede contener,
porque el destino en su infatigable quehacer,
lo impide.

Y si digo que Paz, el Octavio, cinceló
en su *Piedra de Sol*, los elementos del poema,
el ritmo
los escalones del agua, el eco
ese profundo pozo del altiplano;
el ser del basalto,
no sólo el mediterráneo
aquel mar
tan antiguo de Valéry;
sí, la misma dicha del vívido poema,
su labor de sal, el sudor,
la grafía de la tinta,
su palabra incendio:
el espejo cotidiano y maravilloso
de Jorge Guillén: la libertad
de su resonancia,
pura poesía

Y si recuerdo a Rosario Castellanos
"Yo era lo que fui"
el perfil de su carácter
escrito en la frente tan suya.
Su fe en los versos de una ruptura íntima,
amorosa;
purificada en los adioses
de una diáspora personal
Poesía no eres tú,
tan poeta en su amanecer,
como a la hora del crepúsculo
en Herzliya Pituach;
la electrocución probable
que despidió a la vida,
sin tiempo siquiera para una nota
a pie de página;

sólo el verso pronunciado
entre Nahariya y Haifa
(la grabación perdida que buscó atajar el miedo)
la sirena hiriente de la noche…

No, no hay refugio ya para estas horas,
estamos a la intemperie.

Rojo signo

del sol
en el entrecejo,
rojizo astro
naranja entre la neblina.
El halo de un presagio;
la tortuga degollada
en los abandonados campos del maíz;

ojo ciego del alacrán; la punzada
en el pecho del viento, la obsidiana,
saqueada de los sueños; si tan solo,
un canto se escuchara,
un canto…

Incautaron el ritual, pretendieron
ser los guías de los cuatro rumbos.
Ascender y descender en los acantilados,
como las águilas.

Horadaron la oscuridad, amenazaron
con incendiar la casa del jaguar,
ignoraron los jeroglíficos de su piel.

Maltrataron la palabra,
la conjugaron
con un agrio rencor de consonantes,
al decir,
palabra de todos.

Se erigieron en Oráculo,
montaron el Gran Teatro,
tentaron a los dioses.

Invocaron en el vacío.

Si tan solo un canto se escuchara,
y sus oídos comprendieran
el nuevo gravitar de los soles, sus rutas;

inmenso abanico de tonalidades
que alumbran a millones en su paso.

No,
se han apropiado del destino
de su escritura,
preñada de dolor
del ocre desliz de una ajada memoria.

La mazorca se desgrana para todos…
No,
ellos ordenan
quiénes sí,
quiénes no.

Usurpan las vocales de la muerte
en el ramo de alcatraces y su ofrenda.

Tardío pueblo elegido, tardío peregrinaje,

un rumor crece, las piedras rodando,
el agua tormenta en espiral revienta.

Hay demasiada dicha por venir
y nunca es demasiada…

Si tan solo un canto se escuchara,
si el relámpago fuera ese acertijo
que mitiga la incertidumbre,
si dejaran al silencio desplegar la madrugada,
si escucharan,
si escucharan un canto, tan solo uno,
sus acordes, coros, interludios,
sus agudos y graves, pulsos y compases
su universo…
Tan solo un canto
en las palmas de las manos.

Proclama

Las llamas como endemoniados soldados
avanzan en las montañas, a su paso
los encinos y esos centenarios bosques
son ya ceniza que el viento en su rigor esparce.
Sus banderas de nubes blancas y grises
ondean en el horizonte,
se aproximan a la ciudad que aún duerme.

Las palabras revestidas de pólvora, arrojadas
al ciego dolor de la impotencia;
al amanecer arden
en los estrechos callejones del resentimiento.

La justicia que convoca palpita en la venganza.
La afrenta es tan honda
que nadie puede reconocerla;
no importa,
con uno solo que levante su brazo derecho
y con el índice de su mano señale,
la sangre comenzará a correr.
Está escrito que así sea.

Lo callamos

La noche otra vez
es un pergamino;
comienzo temprano
a traducir sus líneas.

Efímera tinta
como nuestros actos
y sueños: llamaradas,
quemaduras,
junto a los pinos disciplinados
que resisten ese gesto de la naturaleza
por mover y agitar las cosas;
ese idioma de los dioses, inagotable
en la oscuridad asombrosa de su cielo
siempre inaudito.

Algo está alterado, lo sabemos,
lo callamos, algo está alterado
y cada vez más nos sacude,
desde dentro; es un viento
atrapado en el cubo del tiempo
que se agrieta.

La primera y única

¿Cómo elegir la última palabra?,
esa despedida que deja de serlo,
ese entendimiento que nos acompaña
y preferimos olvidarlo,
como una verdad innecesaria.

¿Qué tanta ilusión cargamos sin darnos cuenta?;
y ahora en la interminable magia
de un engaño mayor
que alimentamos cada día
pretendemos saberlo todo
ajenos a ese sagaz sentido de las cosas
que explican la vida sin aspavientos.

¿Cuál es esa palabra que nombra,
aquello que hemos alejado,
hasta volvernos extraños
y expulsados?

¿Qué pretensión absurda
nos ha traído hasta aquí?

¿Dónde está?
¿Quién la escucha?
¿Quién la recuerda?
Aunque sea en voz baja habrá que decirla
en las horas de la ambrosía.

Esa palabra es el bautizo
de la última bocanada de oxígeno.
Su poder arde
entre el tiempo y la conciencia.

Estamos aquí para encontrarla
y se pronuncie
desde nuestras entrañas.

El método de la oración

No engancharse ni con esto o aquello,
permitir la ausencia sin reparo alguno,
no dormir, mantener la vigilia, el aire fresco.
Sin tensión, atentos, sin dilucidar, contemplar.

La disciplina de no tocar, no nombrar, dejar.
Permitir en el silencio los vientos interiores,
desplegar, al inhalar y exhalar, la cuenta de los años.
No retener, no conservar, no guardar.

Saberse así junto a la piedra salpicada de río
como el asombroso árbol danzante fijo en su lugar.
No acumular, soltar, soltar, la libertad del amor
esa energía al desprenderse, sutil tejido de la Luz.

No juzgar, no calificar, respirar profundo, escuchar
en ese espacio infinito dentro, dejarse ahí sin más,
sin poseer, llevando la frente al piso.
Y sentirse en ese vacío, en ese soplo, en ese latido,
brizna, partícula, chispa en la inmensa noche;
ya sin deseo alguno, sin palabras.

Retornar, entonces, al despuntar la luz,
en la madrugada retornar
a las labores con quienes compartimos
este extraño y sorprendente devenir.

Qué poca…

Nosotros crecimos sin esperar la lluvia,
alejados ya de la tierra, ajenos…
No estudiamos sus ciclos,
no escuchamos nunca su respiración.
No platicamos con ella,
sólo estaba ahí para que abusáramos
de sus entrañas, en lo más profundo.

Nosotros no comprendimos el significado de esa pérdida,
de ese vacío.
Crecimos ignorando y minimizando.

Hemos perdido el significado de los árboles,
de las montañas, de los ríos, de las nubes:
estancias de frescura, asideros de los cielos,
mamparas de sabiduría, fértil imaginación
de los vientos.

Nosotros pasamos muchas horas entre 4 paredes,
años encerrados en los llamados salones de clase,
buscando descifrar los rumbos de cada uno;
aprendiendo a convertimos en el *Homo asfaltus*.

Somos la especie de los cretinos, qué le vamos a hacer.

Las señales se acomodan a nuestra ambición irredenta.
Entre nosotros desfalcamos la Creación,
por eso asesinamos desde hace siglos,
a nombre de nuestros dioses.
Hoy,
ya no los necesitamos,
con nosotros basta para dar la puntilla final;
el beso en la mejilla del tiempo
pretendiendo silenciar su crujir;
dolorosa ignorancia…

El hastío como estado de ánimo,
es nuestro logro y herencia.

La libertad de la disciplina

Todo inicio es un retorno, una certeza que perdura,
de ahí su épica íntima que nos convoca a no ceder
a pesar del desaliento que estremece nuestros corazones.

Está en nosotros esta puesta en escena
que determina el despliegue de los afectos,
la entrañable ternura que sostiene el vínculo
con lo más apreciado: la presencia del otro,
la sorpresa de su definición;
la palabra que convoca y reúne y deja ascender
y descender en las montañas nómadas que habitamos;
esa fe adherida a la química de la misma especie,
al momento en que el fuego diseña
los anillos de la conciencia;

ahí las dudas permiten
esquivar ilusiones y sueños,
son los ángulos que toman medidas
y advierten de la sagaz presencia de lo extraño,
lo inesperado, lo equívocamente nuevo.

Asiduos coloquios de la amistad
entre el cielo y la tierra,
entre el hombre y la mujer,
en el trote de los caballos que se aproximan,
en el ritmo certero de los encuentros;
sabia germinación de los poderes,
el respeto de los caminos elegidos.

Es un acertijo, no un ardid,
la disposición interna:
esa indiferencia del infinito
que nos cuestiona;
la soledad necesaria para aceptar
el hondo silencio
que llevamos dentro.

El derrumbe

Las redes benditas,
erosionan la palabra bendita:
es el triunfo del sofisma.

I

Hay que llegar ahí,
y soltar las últimas ataduras,
dejar a la misma memoria
hundirse,
desaparecer,
en ese océano nuestro
que circunda el corazón:
la isla tan antigua
donde conservamos el fuego.

Podemos ver las líneas
de nuestras manos, palpar las horas
entre las llamas, reconocernos por momentos,
y pronunciar nuestros nombres,
mientras recorremos
los caminos de ceniza.

Sentir el viento nocturno
adherirse a los vidrios;
las ventanas de anhelo
donde solemos detenernos
para fijar la mirada.

Esa puntual imagen en el terreno baldío,
ese despunte de flores amarillas,
su verde ondular,
sobre la copa del árbol;
deslumbra y sorprende

en esta rutina tajante
donde desmenuzamos nuestras querencias y saberes,
y se mantiene la sospecha
de un encanto primario que nos antecede,
al amanecer, en su filosa hoja de luz,
inhóspito a la razón, próximo al delirio,
vencedor de lo efímero;
apunta a la altura
con la certeza del derrumbe inevitable,
al recordar la virtud de la vida
como una ofrenda sin más,
en esta soltura que nos trajo aquí.

II

Esa ofrenda frágil
y persistente
desde el nacimiento
hasta la muerte;
nos interroga
junto al pan y el café;
horada nuestras minucias,
y sin reparo alguno,
su helado soplo al oído,
nos despierta junto al abismo.

Acaso ya perdimos
ese poder de sabernos
expresión de infinito,
en las entrañas donde el yo claudica
y la rendición advierte
la presencia compasiva
y este silencio tan necesario
que acoge el fuego de la palabra
y nos aniquila.

Un misterio revelador

A veces pareciera que todas tus certezas, sin decir *agua va*,
te abandonan y te quedas a la intemperie,
y volteas alrededor y entre el ruido y el escepticismo
observas al mundo dar vueltas.
No es un estado de depresión,
ni alguna otra caída de la conducta y la estabilidad mental;
no, es algo más profundo que nos prepara para poder respirar con otro peso, más ligeros;
es un cambio de piel, como las serpientes,
es un cambio de conciencia, natural y sorpresivo.

No es propiamente una ruptura,
pero de alguna manera se asemeja a un apagón
y de pronto, vuelves a ver: todo es igual y no lo es.

Tu mirada es la misma, sólo que ahora descubres una mayor hondura;
has dejado de lado los juicios de lo cotidiano
y aprecias esa bendita luz que se acomoda
en cada rincón de tus quehaceres.

Estás en paz contigo y, por lo mismo, tienes más claridad,
hay una cierta distancia en ti al observar;
en realidad, experimentas el desapego.

Por un lado disfrutas cada lugar, cada momento,
con mayor intensidad,
y por otro, no te aferras, no tratas de poseer,
reconoces la fugacidad que no deja de intrigarte,
pero ya no te interesa evitarla,
sabes que no hay forma alguna de hacerlo.

Eres consciente que la vida es un segundo:
la cabeza de un cerillo que se prende y apaga.
No te angustias, al menos no te desalientas y reconoces
a quienes desde la melancolía han creado arte,
música, pintura, danza, poesía, escultura.

Aprecias esas otras maneras de entender el camino.

Escuchas los rezos, comprendes la solidaridad a plenitud,
sin la política y su aduana de lealtades que suele cobrar impuestos.

Te descubres en el misterio del amanecer y escuchas tu respiración,
ese ritmo, ciertamente telúrico y común y corriente;
acaricias y abrazas a los tuyos
y sabes a profundidad de la entrañable ternura
que palpita y se oculta las 24 horas;
como una sabia amnesia
que permite olvidar esa fugacidad intrínseca de todo quehacer.

Es el precio de saberse aquí compartiendo
este hermoso, cruel, fascinante misterio
que se multiplica cada día por miles y millones que nacen
en este tejido de múltiples dimensiones que nombramos humanidad.

No se puede capturar este transcurrir, sólo asumirlo.

El dominio de la ilusión

Antes de que hubiera aviones, ya volábamos,
sentíamos las cintas del tiempo en nuestros corazones;
el papel picado de la infancia
sacudido por el viento de los años,
las nubes en su textura de grises y blanco
a veces plata, hasta morados y rojos
en nuestras emociones
lloviendo

la cascada de eventos,
esos aplausos del agua;

y nosotros como si nada
cuando el todo ya nos empapó;
y aturdidos buscamos
a las orillas de la madrugada,
donde la paz edifica sus refugios
para los que creen que es cierto,
lo que no se ve
por ningún otro lado.

Y con nuestras cuitas a solas y en ratitos
tratamos entonces de ponernos en orden,
y respirar
para que alcance el sentido común
cuando andamos arriba tan arriba
y también abajo tan abajo,
como si de águilas se tratara y
en un parpadeo, llegáramos a insectos;
así las dichas y desdichas
que entre juegos y guerras
nos encuadran.

Allá, a lo lejos, como si se tuvieran alas
y pudiéramos planear sobre los recuerdos
(acantilados del carácter, precipicios de las debilidades)
y oír en silencio sus historias engarzando la luz
hasta descubrir el presente bajo nuestros pies;

aquí, no en ningún otro lugar
descubrir que no va para mañana
ni se queda en el ayer,
está en su permanente inquietud: la nuestra,
este relato
desde su origen poroso.

Porque en realidad la materia
está cargada de relámpagos,
y eso intriga hasta la médula,
y mientras no lo expliquemos,
aunque sea a señas,
seguiremos por aquí, como lo hicieron los antepasados,
describiendo horrores y encantos, fantasías
y pesares, viviendo infiernos y paraísos terrenales.

Ahora, por el momento
(esta manera de nombrar
el pozo infinito de tiempo)
donde lo visible que somos
interroga al instante, su secuencia:
geometría, danza y cuerpo
tatuados de anhelos,
soplos y exhalación;

rescatemos sin demora
del espejo lunar de los sueños
del aluminio solar de las razones,
la sonrisa aérea de nuestra condición
al contemplar en el diestro ajedrez
de los días y las noches;
un volantín sobre el tablero
donde las mudas piezas,
antes de ceder y caer,
disputan la ilusión.

Colectiva hipnosis, vital distancia

Desde las primeras palabras y los primeros pasos
se inicia el desprendimiento,
la necesidad y el asombro eligen sus caminos,
después la costumbre y el olvido.

Este reino que multiplica su imagen en cada palpitar
adhiere nuestra respiración a las cosas,
a sus ciclos,
a sus inagotables historias,
una tras otra,
nos satura de temores
y deseos por igual.

Somos parte ya de un avasallamiento
que horada la atmósfera hasta absorberla,
apropiándose de nuestros movimientos más inocuos,
despojándonos de algo que sabemos perdido,
que no podemos recordar y menos nombrarlo.

De pronto sentimos como tormenta interior
las precipitaciones de cada día,
los fuertes estremecimientos, exigencias, emociones
que las mismas noches ya no pueden apaciguar.
Ahí estamos a la intemperie, de cualquier manera;
desnuda certeza del nacimiento y la muerte,
sin ropaje alguno, sin peso, sólo con la intuición.

Y aquella primera prueba,
sus rastros, sus huellas;
la enseñanza tan antigua del desprendimiento:
la disciplina de la desaparición
que nos confronta e inspira.

Sin este misterio la libertad es una fuga
y un engaño.

Creo en esa primera oración
que pronuncia la madrugada,

creo en esta visión que no deja de azorarnos:
las caravanas de familias infatigables,
acechadas por jaurías,
conservando el fuego de lo posible;
el silbar de los vientos y la cadencia de los mares,
entre los cuerpos prófugos de eternidad
que se alumbran por momentos
y se consumen sin más,
en las ciudades anudadas de humo negro,
rojo, naranja, motas azules y oro;
los arcoíris del asfalto
que extravían los presagios.

¿Acaso serán los últimos paisajes
las circunferencias
en el ardor de los iris?

Estamos en alto, es roja la luz

El caballo blanco, es una yegua en realidad,
preside con su crin al camión revolvedor de pálido y oxidado metal y al viejo solitario
que se prepara a cruzar la carretera llevando un bulto de cal, cuya fisura es una
serpentina sobre el pavimento... huellas de gatos... escurridizos para conservar su
apreciada libertad de esculcar las azoteas y caminar por los bordes de los altos muros
que les han otorgado su fama de siete vidas... siete leguas...

... el foco desnudo alumbrando
aquellas mesas de lámina en la pequeña cantina
incrustada en lo más alto de la montaña
en los umbrales de Wirikuta,
y el cartel detrás de la barra en la pared descarapelada
con la ilustración de una novia diosa,
desprendida de la revista, para ser venerada, adorada y deseada
por los adolescentes mineros de La Paz:
fue el regalo de navidad de un explorador californiano,
afable universitario de San Diego
lector de *Las enseñanzas de Don Juan* y aprendiz
de español, mezcal, cascaritas de futbol y del idioma de las nubes...

... en la infancia también crecimos junto a la Rubia Superior, así le nombraban a aquella vedette cubana, cuya pareja (su amante, murmuraban las voces de la calle), un hombre delgado y calvo, la visitaba con frecuencia en su departamento de la calle de San Francisco que colindaba con la casa donde vivíamos y que mi padre rentaba a una gentil anciana, Margarita, hija del ilustre poeta porfirista Juan de Dios Peza: cómo es Margot: bondadosa y resignada, ninguna ambición concibe, si algo le doy, lo recibe, y si no, no pide nada. Le escribió su padre a fines del siglo XIX, adivinando los rastros de su carácter y destino...

... en cierta ocasión, Gina Románd, la Rubia de Categoría
(Georgina García, su nombre real)
nos dio un beso y una foto suya autografiada.
Tendríamos 8 años y conservamos esa imagen
hasta que se perdió en las estaciones de la pubertad:
aprendimos tempranamente, sin darnos cuenta entonces,
el significado de la palabra glamour.
De alguna manera también fue nuestro primer oráculo.
Jugaban ya entonces los publicistas a los fractales

con la inspirada Marilyn Monroe,
que escapó del Olimpo y desnuda se inmoló
entre las pasiones de la efímera fama…

… el viento helado y el resplandor del sol sobre los muros de piedra gris, marrón, rojiza de las calles empinadas de 14 se proyectan en la alta pared blanca de ese edificio convertido en el frontón de nuestro pequeño patio, de ahí lanzábamos las pelotas de esponja, nuestra manera de saludar a esa rubia belleza y darle gracias a sus labios, su rojo carmesí de augurios y dulzura.
Para esa mirada de la infancia no dejó de ser un hada,
ciertamente voluptuosa,
otra palabra que comprendimos al paso del tiempo.
Cada rincón del barrio (Xola, División del Norte, San Francisco, Magdalena, Patricio Sainz) lo transformamos en un territorio lúdico, nuestra misma calle fue pintada de yardas para escenificar los tochitos que se alimentaban del clásico de fútbol americano entre la universidad y el politécnico, entre pumas y burros blanco y guinda; los huelums y goyas, porras que eran cantos iniciáticos a su manera, reminiscencias de antiquísimos rituales, como si en la urbe los gritos al unísono de miles en la gradas de los estadios fueran un llamado inconsciente desde una orfandad telúrica sometida al orden triunfante de la civilización, ciertamente entre comillas, de la memoria misma, sus rajaduras, la uña de la luna trazando...

… el puente para los peatones sobre el denso tráfico al atardecer
el cuarto de azotea donde guarda sus libros el soldado raso que escapa de su apellido de alcurnia,
las habitaciones de la casa de los abuelos, con las ventanas cerradas, oscuras, con las camas listas para quienes se han ido desde hace años,
el perfil geométrico de una mujer pintada por Picasso en la pared,
junto a la escalera de madera, inevitable verla todos los días,
hasta convertirse en una presencia familiar...
las pinturas eran nuestros hermanos, hermanas, tíos, tías,
eran copias, pero igualmente nos acompañaban
frente al jardín de la Conchita,
donde siglos antes Hernán Cortés construyó su morada
conocida hoy como la casa de la Malinche;
habitada desde hace décadas por Rina Lazo, guatemalteca, pintora,
llamada la última muralista, la misma que reunía entre otros,
el 8 de diciembre, a José Revueltas, Renato Leduc,
y más malabaristas de la lengua y los sentimientos
bebedores de pesadillas y fantasías, artistas cargados de ironía y dolor,
esperanzados de que la noche fuera una sola e interminable
hasta que la madrugada tocaba la puerta para recordar
que sólo pernoctamos por unas horas;

el aviso permanente de la cruda realidad
como el común de no estacionarse entre las broncas del alcohol…
La prohibición de lo sagrado:
retar a los dioses sin una oración propia…

… en Lahore en el Punjab del lado de Pakistán,
advierten a la Luz del día que muchos de los mosaicos del Templo Dorado de Amritsar en la India,
les pertenecían a ellos, eran parte de los jardines de Shalimar,
que hoy son un parque público, donde se puede jugar fútbol,
junto a sus estanques que no han dejado de venerar el agua.
Espacios desgajados, reconvertidos, y aún admirables en la destreza de su belleza, como los inagotables detalles geométricos de las antiguas mezquitas.
La sensualidad matemática de ese mundo cuya resonancia heredamos en decenas de palabras desde el altar a la alcoba… escuchando las gotas caer en el aljibe junto a la sombra del Naranjo, cuyas flores se bordaron en la almohada… puro léxico civilizatorio, diría Antonio Alatorre en sus mil años de la lengua española, y ya mexicana…

… Chapultepec su palacio imaginado y real,
sus serpientes y espejos de la infancia,
metáforas de tanta complejidad anidada en la suma de los años, un telescopio como el ojo de vidrio de Dios, un regalo que nunca llegó, el cine de tres pisos en las matinés de los domingos, cuando Tarzán todavía existía a la par que los tres mosqueteros, el cine que llevaba el nombre de un poeta enamorado ocultamente de la cabellera negra de una mujer indígena que resquebrajó su alcoba criolla en los ojos de su amada esposa,
los zancudos, minúsculos taladores de la calma,
con gotas de sangre en las paredes blancas y de todos los colores
una capacidad para ensañarse contra los humanos,
comparable sólo a nuestros egos sin contención alguna…

… largas mesas de madera en esa cava de la adolescencia
con los tarros de cerveza de nuevas y encendidas pasiones
que terminan en besos amorosos o en golpes de ausencia,
los Viveros cabalísticos como todo bosque
cuyos caminos conservan la sombra de los años y los deseos,
gimnasia donde el cuerpo busca conocer su forma, sus límites y destrezas…
… y la radio en el coche, una ventana auditiva en la soledad del encierro del inevitable tráfico,
la lluvia sobre el parabrisas, un recordatorio más para volver a acelerar antes de escuchar los irritados cláxones,
fallidos instrumentos de viento…

La pareja de Manila en San Luis Potosí

Ella recarga su mejilla
en su espalda;
él conduce atento
la motocicleta.

Llueve, la tarde se retira.
Sus brazos
rodean su cintura:
el cinturón de seguridad
del afecto.

El amor de ella
que lo cuida,
el amor de él
que la lleva.

La luz verde da la señal;
arrancan, se van, se pierden.
Les digo para mis adentros: gracias
por recordarme los destellos
de este anochecer.

I

A la deriva los cuerpos
en la proa del bar;
otro naufragio nocturno
hasta encontrar una habitación de arena

es el tiempo que impregna su urgencia
busca aferrarse a los deseos
como única historia

algunos quieren perderse
en los interludios de la carne.
No hay luz en esa tormenta interior
ni habrá calma cuando se retire.

II

Tal vez las palabras ahora
sean un silencio dictado
para describir esta danza incierta
entre las mesas y los licores
a orillas de la carretera.
Oculto tras bambalinas
el administrador de los cuerpos preside,
su sombra alcanza y cubre
los hombros de ébano y marfil
en el zigzagueante
mercado ambulante
de los sentidos.

Un juego sin ganador posible;
la rutina y el fugaz deseo

entre el cúmulo de monedas
y un fajo de billetes nuevos
y desgastados.

El mar no está lejos,
el mar del dolor.

El valet parking recoge
las propinas de la noche.

El paisaje

El dolor es un océano
que llevamos dentro;
cada vez que intentamos alejarnos,
retorna este oleaje,
esta marea creciente.

Lo que vemos fuera está dentro,
en nuestra misma sangre;
el canijo dolor que nos asalta
en cualquier instante.

No podemos enterrarlo
ni marcar distancia.
Miro a ese niño
llorar sobre el pecho
de su padre muerto.
Cómo no llorar también
ante la ignominia del crimen: uno
de los 72 migrantes asesinados
en su retorno a la patria
que nunca tuvieron.

La ventana está rota,
los vidrios dispersos en el mosaico,
la piedra del río pertenece al niño.

El poder de ellas, más que poder

Para Las Leonoras de Guadalajara;
en recuerdo de Armida.

I

Este año es el año de la mujer y el agua.
No inició en enero
aunque enero ya lo sabía.
Los ríos han entrado a la casa
e inundan las habitaciones.
La casa es el planeta todo,
y las habitaciones también somos nosotros,
no sólo los países y las ciudades.

Los ríos son ellas, ese inmenso caudal de vida;
a veces arroyo, hilo de agua,
o fértil tormenta;
majestuosa cascada
y también solitario lloro,
como la primera lluvia
cuando con sus gotas sueltas
tocan la cicatriz de la tierra.

Ese sentir del llover,
ellas lo guardan dentro,
muy dentro,
más allá del corazón,
donde las nubes del alma,
las hendiduras de la vida,
las cuevas del sueño,
perduran.

Es el secreto que descifran
cada amanecer,
ante el espejo,

ese objeto ciego del engaño,
abanico de ilusiones
entre los intersticios de la verdad.

Los ríos van al mar y vienen de las montañas,
se convierten en la sangre misma
que nos circunda: el rojo poder
que despierta y asombra,
coraje puro
amorosa vitalidad,
tan sorpresa,
tan palpable
y aun así, efímera.

II

La Luna misma en Ella se explica,
se refleja y hace del tiempo
su retorno.
Como si develara
que la eternidad es cierta.

Y el agua y la mujer
en su ir de pausas y clamores
cifrando la vida y sus pasiones
atraen la hostilidad del monstruo:
su abismo de irritación y envidia;
la oquedad de su mutilado espíritu.

Éste es el año de ellas,
y también el siglo
que el águila celebra
en su trasparente vuelo;
desde el balcón de la tarde, en la altura
se atestigua la confirmación de su destino

Ellas en su silencio lo saben
preservan la dicha del ritual:
las nupcias de la tierra y el cielo;
ellas que ofician el misterio de la luz

al engarzar la cuentas
de los días y las noches.

Está abierta esta herida

Donde se quiebra la luz
y sus astillas se entierran
en la carne
y el dolor emerge
en estertores,
en la vocal
que perfora los huesos;
el grito que nos exilia
de toda palabra.

Donde los llantos se pierden
en la tierra
seca de la muerte,
la infame muerte del crimen
que nos arrebata
e impone su demencia.

Donde el vientre se destaza
y el origen es un eco incomprensible
en esta tristeza de mierda
que dobla la espina.
Donde la furia incendia
el mundo nuestro,
el mundo perdido,
el mundo ajeno.

Donde descubrimos el espejo
de nuestras mutiladas vidas
en los ojos del otro,
en su ira y desdicha.

Donde nuestras lágrimas
son la asonancia del herido canto
sin color alguno,
sin trasparencia siquiera,
lloramos tierra, lodo
y entrelazados
por el fértil soplo del consuelo,

andamos este camino de miles
que proviene de la muerte más honda
la más terrible…

Este camino donde escuchamos
nuestros corazones añorar los paisajes
de los seres queridos;
arrancados de un tajo
de sus sonrisas y gestos,
de sus palabras y silencios.

Donde se anudan los 4 rumbos
por la verdad que clama
al erigir el muro
del fuego petrificado de la sangre
y sus poros de siglos.

El tezontle
sustrato de la madrugada
y
oración de los nombres propios;
ante el clamor del más allá
que prevalece en las entrañas de nuestra tierra,
en los huesos y cenizas
de nuestros muertos,
en el bosque que nos preserva
al conjurar el olvido.

En las madres amorosas que resisten,
al borde de las fosas,
hasta el último aliento;
con las manos agrietadas
y las uñas partidas
de tierra.

Está abierta esta herida
aquí en el desconcierto.

Nuestro punto ciego

La relación con la eternidad no está resuelta, no en esta época.
Hay un punto de fuga donde la conciencia se pierde:
la ansiedad del conocimiento y sus frutos;
tal vez ésta sea la trampa,
nos hemos vuelto insaciables.

Tenemos que cuidar el agua del corazón,
su palpitar,
amarrar la leña de la noche
y devolverle al fuego su lugar,
ese alumbramiento del entrecejo.
Levantar un montículo en la arena
y dejar que el cuerpo reconozca
entre sus horas de labores y sueños
su raíz de sol y luna ante la marea.

Es el tiempo de juntar
las palmas de las manos en el pecho.
El tiempo de callar afuera y callar adentro.
El tiempo que se detiene frente a la muerte
donde el mundo atónito se resquebraja.

Nos intriga esta contundente fugacidad,
su pretendida abolición de cada segundo.
Sin la interna disciplina,
no comprenderemos.

Seguiremos en las mil pistas,
sacudidos, aturdidos, hastiados.
Las mil pistas inalcanzables.
Dando vueltas sobre sí,
cómicos volantines de millones
y millones de biografías
cautivas como las nuestras,
en el aclamado espejo del engaño.

Es tiempo de lidiar con la tierra y el cielo,
y reencontrar el poder de sus nupcias:

es nuestra herencia, la de todos.

Nos envuelve el frío

¿Qué ajusta el pensamiento?;
de un lado la tormenta,
del otro el horizonte.

La fractura está dentro y fuera:
entre los rostros del poder y sus discursos
entre nosotros los habitantes, los ciudadanos.
Las palabras veneno, las palabras desprecio
las palabras carcomiendo
segundo a segundo
una y otra vez;
capas psíquicas que nos oscurecen.
nos enceguecen y enfrentan;
ríos de sangre
ya no sólo vocablos.

Es fácil condenarse mutuamente
del despojo del corazón y la razón.

La cultura del crimen anida
en las entrañas de una historia
cada vez más opaca y canija.

Nos convertimos en fantasmas
de un pasado imaginado
en continua disputa,
sin tregua alguna,
en el imperio de la ensoñación.

Perdemos el anclaje a la tierra;
incapaces de arrojar la carga,
de sacudir el karma,
nos enlistamos para el fratricidio.

Qué vergüenza
tener el presente en las manos
y no saber de sus horas.

En este país
la humildad no existe,
se ignora su calado.

El desmembramiento de la Palabra

Cuando arrecia la lluvia lo mojado ya inundó.
Si se vienen otros sucesos hay que dejar que el agua
en sus airosos bambús y cordones de líquida luz
diseñe con la finura que le corresponde
la química de su música en los goteros del amanecer
y la arquitectura de nuestras emociones;
y, con suerte,
su coro de voces que comparte con los árboles y sus copas
perdure en las ventanas
donde el abanico del canto se escucha
y casi danza en los paisajes.

Porque sí,
el agua es lo más próximo al alma;
y de eso trata desde hace siglos,
el asunto pendiente en que nos hemos enfrascado y perdido.
En sus grandes espejos donde saltamos
desde los charcos de la infancia
hasta la partida del océano;
y es aquí donde quisiéramos
que el cielo también se pronuncie
aunque sea de cabeza.

Así podremos recordar
los milenarios orígenes que nos anteceden,
aquello que deslumbraba a los mayas y griegos
y que los olmecas,
que ya andaban de jaguares
en la inmensa cueva de la noche,
indagaban hasta la médula
con la punzante obsidiana de su filoso instinto
de felinos.

Desde hace siglos,
son los ríos celestes
que no terminamos de nombrar…
Libros y diccionarios
en acuíferos tan profundos

que es difícil rescatar
alguna palabra, algún vocablo,
ni siquiera un acento ni una coma.

Qué silencio el de la misma cascada
cuando en la distancia ya se advierte en su cauce,
e irrumpe y se apodera
de toda cercanía
en implacable granizada
hélices del agua
que alejan las nubes
y en la serpentina altura
pareciera que suben y bajan
sin detenerse un segundo.

Salpicados reflejos
en las hendiduras del cristal
el aplauso propio del viento
su cosecha cargada de minucias
que en los ojos arde:
la pura piel de sal.

Y sí otra vez, es nada menos y nada más que el mar,
ese vientre tocado por la eternidad,
para sembrar su aliento portentoso del que emerge la historia.

Ahí estamos,
sombras en el muro donde el sol incendia su decoro y
borra la sangre de los índices que señalan el ojo de Dios.
Y el agua,
el agua nuestra que cura su quemadura y apaga su celo,
¿de dónde proviene?
La escucho dentro de ti, de nosotros, la escucho…

Cuerpos de Luz: Jesús

¿Cuántos pasos delante de nosotros llevas?
Dinos, ¿acaso es cierto lo que narran los antiguos libros,
sus alegorías de vírgenes y santos?
¿Encontraste el cuerpo de Luz?
¿Recuerdas en tus pinturas sus trazos,
tus óleos y grabados en incesante búsqueda
por saber de qué trata la aparición nuestra,
la de todos y todo?

Por eso las figuras que vuelan sin volar
y las plantas y animales, hombres y mujeres
que crecen en tu jardín,
los jardines que llevas hasta en tus bolsillos;
esas semillas iluminadas del desierto:
las cactáceas siempre fantásticas y reales a la vez.

¡Qué cosa, Jesús!
A veces creo que andas por aquí
Cuatro, cinco, quince, cuarenta pasos
no muchos,
por eso el cuerpo de Luz en el que viajas
es ya esta pintura que te extraña.

Soberana luna del altiplano

Antiquísima y siempre nueva
admirable y ancestral reina
sobre el tráfico ya inmisericorde…

Aún nos alientas;
lejana ciertamente
pero generosa en tu belleza,
adviertes en la distancia
una dicha que nos espera.

Es la dulce verdad del anochecer
en las yemas de los dedos
siglos de un venerado secreto
donde la ventana atrapa
tu majestuoso silencio,
la remembranza
del origen que nos preside
el enigma del carmesí.

Vislumbramos la ofrenda
de nuestras palabras,
el tacto efímero del viento,
la sabia luz de tus poros,
esa perla sutil de la espera
que rueda a la vista de todos
y es querencia.

Habitas en el ritmo de la sangre,
elocuente palpitar de tu presencia;
los ríos te llevan a ese mar
consagrado de tu dicha.

Ahí esparces su trémulo aroma;
el invisible polvo,
la sal de la Biblia que se dispersa
en los resquicios de nuestros cuerpos
donde emergen los sueños zigzagueantes.

A pesar de que seamos inseparables,
no dejas de ser misterio y extraña.
Sin tu presencia no sólo la oscuridad sería infinita,
también nuestras vidas volverían
a la oquedad de tu ausencia.

Acaparas las miradas y escapas a la memoria;
entonados amarillos en la habitación de la neblina
son ya la tinta de un tatuaje en la cintura:
sutil hilo de las horas
nos advierte de tu inconmensurable acierto
al soñar de pie en la proa
de esta travesía sin retorno
que deja tras de sí las vocales sonoras
del incendio y las azules velas
de un cielo en tormenta, de grises abrumado.

Profecía

Y más hacia el norte
mientras el tren avanza
el silencio es mayor
no se conversa en los vagones
las palabras son esa luz
que cede con serenidad dorada a la noche
las mujeres y los hombres
sin importar edad
no pronuncian su mirar
no duermen
viajan así
enmudecidos
el mar no se escucha todavía
los años que restan se cuentan con las manos
los niños no lo saben
las siluetas de los árboles y las montañas
les pertenecen
son sus sueños
algo intuyen
con sus brazos asemejan una ola
dos
tres
buscan el cielo
lo quieren tocar
con las yemas de sus dedos…

pareciera que comienzan a oír
el oleaje se aproxima
es un latido que estremece.

Inquietud

Estamos en vilo,
y mírate así al espejo, ¿qué extraño, verdad?;
hemos olvidado que también somos una aparición,
no ajena a aquellas de santos y vírgenes, que escuchamos,
aunque nosotros no hagamos milagros.
De alguna manera somos de la misma estirpe.
Ve otra vez, tu rostro, tu mirada;
ya ves que no hay manera de entenderlo,
aunque te hayas graduado en las mejores escuelas,
no se comprenden los números, ni el abecedario
de esta visión.
Sal a las calles ahora que están semivacías, diseñadas de miedo.
Y observa la extrañeza de toda evidencia en su fragilidad,
este sentimiento cargado de una nostalgia casi infinita,
casi, porque aún la podemos sentir.

Si pudieras caminar más y atravesar las vías del tren;
y subir esas laderas donde adolescente solías escribir en la tierra,
sí, en la tierra con una rama rota, escribirle al cielo;
ese interlocutor que sigue ahí, sin responder desde entonces.
Camina más, hasta la infancia cuando mirabas
por la mirilla de la puerta los secretos de las habitaciones,
tu ojo derecho era la llave
que en silencio abría la imaginación y sus preguntas.
Te sabías tú,
observando desde pequeño,
cuando el mundo era una exploración
a cada segundo;
con el sol acompañándote sin duda alguna.
El mismo de hoy al mediodía
con su exacta distancia;
matemática luz e incandescente,
esta memoria de los pasos,
sin huellas.

Estás en medio como cada cual, en una disputa inmensa...
Y otra vez resuena aquella canción
en los márgenes de la guerra fría:

las puertas del infierno no prevalecerán.
Son esos reinos imaginarios y crueles que has visto edificar;
son centenarios y retornan con sus antípodas y jueces.
La historia habla de ellos y ellas.
Y aquí están una vez más erigiéndose.

Es cierto, al atardecer, cuando voltees,
el viento arrasará las estatuas de sal.

Y tú seguirás y seguirás, como otros, hombres, mujeres;
aunque estén recluidos todos,
sabes que seguirán;
a dónde a dónde...

A la intemperie

En los márgenes de las ciudades,
a las 4 AM la luz de la luna todavía alumbra.

El silencio asemeja un contenedor inmenso,
donde habitan los volátiles impulsos del inconsciente,
de miles que buscan dormir entre la maraña
cada vez más densa
de los pensamientos.

El sueño no avala del todo ese enjambre
de ruido que se multiplica con la luz solar;
petrificado en la oscuridad,
agrieta los corazones, sin descanso alguno.

El universo, esa palabra paradójicamente impronunciable,
nos habita, estamos ya en su territorio.

A las 4 AM hay aún un silencio dichoso,
un bálsamo que acompaña a la palabra amanecer,
en ella conserva su resonancia cuando la pronunciamos.

Amanecemos y las notas informativas en su competencia
comienzan a amarrar la imaginación y queman sus alas
con las llamas de sus adjetivos.

Nos convertimos en personajes anónimos,
en realidad, lo somos;
una suma estadística de popularidad
de lo tribunos del calendario
y de sus apuestas en los torneos que
dramáticamente se deslizan a una guerra.

Ya es una guerra,
donde los primeros prisioneros somos nosotros:
estos miles y millones de oyentes pasivos,
participantes de una narración
dime a quién escuchas y te diré quién eres
dime a quién lees y te diré de qué pierna cojeas.

Ahí estamos creyendo ser ciudadanos
en esta condición masiva de carne de cañón.

Los meses están asignados para sucesos previstos,
le nombran vida pública, y de pronto,
lo inesperado irrumpe y antes de que podamos responder
ya quedamos incluidos en las listas de los ejércitos.

Estamos en el campo de batalla, preparando las trincheras;
no descansamos, seguimos las instrucciones,
la información cierta, veraz, bien ponderada;
el mundo todo, mágicamente se hace pequeño y nos encapsula;
somos una bala expansiva, y lo probamos y comprobamos
en las redes que llamamos *benditas y malditas*;
dispersamos aquí y allá la pólvora en imágenes, frases, juicios,
alimentamos el circuito, nos sumamos a su estruendo
y somos una onda electrónica más;
un marcaje en la pizarra, en su nocturno hueco,
donde se consume esto, que asumimos es la realidad.

Somos también *fake news*, y nos duele sabernos así,
y buscamos cómo salir y corregir la plana.
No, no somos esto ni eso ni aquello,
no, hasta gritamos que *¡No, no, no!*
Al día siguiente con la respiración agitada
continuamos en ese volantín
donde pretendemos resumir el mundo nuestro y el de los demás.

Aferrados a duras creencias,
apuntamos al enemigo que puede estar incluso en casa,
en la habitación contigua o en el comedor.
La razón nos pertenece y eso es suficiente
para izar el estandarte de nuestra horda cibernética.

Caminamos en el silencio de los pasillos
custodiados de estantes
para proveernos de alimentos;
trazando en nuestro devenir
repetimos frases hechas
que pretenden explicar los sucesos;
espectadores y actores en esta doble función
ejercemos la retórica siempre moldeable

de una explicación para proseguir;
pagamos y debemos,
pagamos otra vez más
y debemos más para seguir pagando.

Volvemos a casa,
exhaustos al comprender
que en realidad retornamos con las manos vacías,
y la razón de ello es que nunca salimos,
hemos estado dando vueltas en círculos
y ahora nos sorprendemos aquí inmóviles
sin el encantamiento de la infancia,
en la incertidumbre de lo inconmensurable
que nos arrincona
en la forzada obediencia de la amenaza.

Con el odio dosificado
siembran la desdicha;
la insidia contagia a millones
envenena el aire fresco de la madrugada.

Escuchamos afuera y adentro
el crujir de muros y techos;
son nuestras casas, nuestras ciudades...

Alguien grita y clama desde las azoteas:
se derrumba, se derrumba, se está derrumbando.

A las 4 AM el dichoso silencio no cede,
conserva su luz
la podemos respirar aún,
hacerla nuestra...

Pasará el tiempo nuestro

¿Cómo decirte, hija, que la guerra ya está aquí?;
era el mediodía cuando la noche llegó…

Los antiguos temores, sus helados vientos,
las rasgaduras de los ancestros
y esos ríos crecientes que no llevan agua
sólo lágrimas acumuladas por siglos…

Puedes oírlos más cerca;
el agudo dolor de una desdicha sembrada,
en el llanto que abraza el desamparo
en medio de nuestras ciudades.

Poco a poco,
en sigilo, y ocultos por el barullo
se rinden los corazones;
mientras el desprecio se apodera de las horas.

Ya caminamos entre las sombras, no hay que temer;
los delirios son este viento en la sangre que estremece los sueños.
Montañas y mares, bares y ríos,
acantilados, túneles, estaciones y puertos.
Los líderes procuran ignorar la erosión de sus anhelos.
Caminan sin rumbo, discurren
y nosotros extraviados ya no escuchamos…
¿A quién? Si nuestra propia voz se ha vuelto ruido.

No temas, no, ya pasará
así es el tiempo nuestro
y el de todos.

No podemos ignorar qué sucede ahora en esta tierra,
es la memoria viva de una crueldad inaudita:
la de miles de desaparecidos que llevamos en nuestras espaldas;
pretendiendo ignorar esas fosas
cavadas hoy ante nuestras puertas.

No, no es la venganza de la naturaleza,

es el crimen de la soberbia que nos contagia.

No temas, Hermosa,
esta verdad que quema, también libera.

Conserva el temple de tu sangre
y el reino de tu danza;
la sabiduría de la vida
es el instinto mismo de tus pasos,
las huellas de luz
en las entrañas más profundas
de la noche que llega.

Las almas clamarán por sus nombres ausentes,
un velo de ceniza caerá sobre los hogares.

Mayo aún más cruel

Ningún traje político fue hecho a la medida
para estos tiempos que reclaman
un coro de voces
cuyas estrofas impregnen de piedad
estas horas derramadas en la cavidad
de nuestros corazones.

La luna se hincha de sangre en el entrecejo
mientras la noche embalsama los cuerpos
y esparce la cal de los sueños,
de una rutina atroz.

La jauría de perros rojos ladra en la oscuridad,
la madrugada está cerca.

Se escucha el agua subir a los tinacos,
el agua que murmura su escritura
en los contenedores de las azoteas;
es el sentir oblicuo de estas semanas,
la resonancia de nuestros temores.

Una bala perdida se entierra
en el jardín de la memoria,
fosforescente en su lejanía
pulsa la frescura de un anhelo;
el fuego contenido de una disputa.

La expiación, la vigilia,
en los resquicios de las uñas
perdura la ceniza.
Los pequeños bultos afuera de la morgue
ya no son más un presagio.
Hay que hacer una fila para recogerlos
de uno en uno,
y llevárselos cada quien a su domicilio.
El temor se aparece
a la vuelta de la esquina;
y está dentro de uno,

siempre ha estado aquí
entre los latidos del corazón,
entre el inhalar y el exhalar
cuando los segundos
se pasan la estafeta.

El temor es biológico,
en realidad, todo lo es,
las mismas palabras
en estas portátiles vitrinas
son moléculas, estructuras,
vida tras vida, muerte tras muerte;
punto y coma, punto y aparte:
infinitamente minúsculos
en este silencio del abismo
que emerge y retorna,
en el temblor de sus fibras,
los sólidos trazos diluyen la visión;
es el paisaje de cada quien,
su sembrada infancia.
Y en un girar de la cabeza

¡ya no está! Ya no estamos.

El temor no es biológico
claro que no lo es,
la vida es un ejercicio inmenso de verdad pura
y en sus interludios la muerte acecha
y pretende ser el gran resumen.
Ciego anhelo ante el maravilloso cotidiano
que también encaja en el misterio,
al respirarlo en la plenitud de uno,
nos vuelve inmunes
ante quienes se apropian del mundo
de mil maneras
¡Cuántos profetas más!
parlanchines en sus siniestros carnavales;
parlotean desde sus dominios
y entre la multitud anidan sus angustias:
la textura de una agria soledad.

Guardamos esta riqueza de observar
en la devoción del vacío que irrumpe y nos descubre:

la única desnudez posible,
la palabra despejada de atributos
en el mar oscilante de nuestra interioridad.
Podemos ver cerca y en la distancia
derruirse la Esperanza de muchos
que ausentes se enfrascan en credos
asiduos del engaño, sin retorno posible.

Es tan antigua esta representación;
es el origen del teatro,
de todo drama,
pequeños e inmensos
privados y públicos.

El péndulo
es el blasón de este linaje
decenas y más decenas
entre los estantes de los almacenes
donde la mudez de alimentos, envases, objetos
no acallan del todo esas distantes voces
del sudor acumulado durante días y noches
sellado por el reloj checador:
la pequeña guillotina que nos hizo llegar hasta aquí.

Las cubetas, los jabones, las salsas,
los salarios del apenas,
la multiplicación de latas y empaques,
el trabajo de millones
acallado en este orden de los precios;
las ofertas como una bienaventuranza desdibujada,
y de pronto esa larga fila de carros de metal arrumbados:
la cosecha perdida en la lejanía,
el bosque incendiado, la carretera tomada,
el paro esperado y desmentido, el contagio de la violencia mayor;
los secuaces que somos la mayoría
repartiendo culpas por doquier.

No tendremos rostro ni corazón
ante el ayer para reconocer
nuestra laxitud y cobardía
frente a la mentira y sus crímenes.

Los nudillos de mis pulgares

en el entrecejo
en espera de la luna llena
del mes de la Virgen.

El ritual horadado

A orillas de la muerte,
me reconozco desnudo,
y solo.

El paisaje se acorta,
no hay horizonte;
la memoria perdura
en sus alumbramientos.

¿Qué sabemos al fin?

Recuerdo al doctor Nava,
era también el mes de mayo,
no quiso el mejor hospital ofrecido,
no más horas a esa lenta agonía,
ni inyecciones, sueros, o tubos.
Morir con los míos, en casa…
fueron sus palabras;
una muerte digna
junto a los suyos,
su última enseñanza.

A mi padre no lo vi morir,
estaba lejos, mis hermanos
con una llamada de madrugada
me lo hicieron saber.
A esas horas
el timbre del teléfono,
suele ser una desgracia.

Meses después, depositamos sus cenizas
en aquel templo de San Juan de Dios,
de su natal San Luis Potosí.

En mi adolescencia,
una tarde me llevo a conocer esa iglesia;
extraño momento,
no era común que lo hiciera,

no era creyente.
Sólo dijo: ¡Vamos a ver a tu madre!,
así me sorprendió;
señalando con su mano arriba del altar,
al mural donde la Virgen
asciende a los cielos;
es Maris, tu mamá,
la modelo del pintor Fernando Leal,
me dijo con cierto orgullo;
una pintura hermosa como ella,
de los años 40.

En estos días que pierden sus nombres y orden,
la muerte ya no está en los recuerdos;
la muerte está aquí enfrente, atrás, a los lados.

Es como un anillo al dedo, al índice, no al cordial.
Apunta aquí y allá; pocos se dan cuenta entre gritos y llantos,
desesperación, diatribas, desinterés, miedos,
la temible indiferencia que socava de raíz la propia voz.

La muerte, es curioso, aún no juega
con sus estampas y tradición
en este país que presume de su temeridad.

Todavía no aparece en su traje de Catrina
ni en sus cráneos de azúcar;
su crudeza está a ras del suelo
donde se arrumban los cadáveres,
como si estuvieran malditos.

Ésto es lo que más duele:
la distancia, no de los vivos,
sino de los muertos;
los nuestros,
que no podemos abrazar ni despedir.
Nos atemorizan
infectados en su desolación
convertidos en la amenaza misma,
en espera de ser fuego y ceniza;
envenenados en su último viaje
a la eternidad:
la herida interior que no cicatriza.

El otro tema al atardecer

Ya llevamos dentro el temor,
no respiramos pausadamente,
advertimos que estamos a la deriva
algo muy profundo se quebró…

Los discursos, las noticias, los análisis,
comienzan a ser inútiles,
continuarán por un tiempo más;
se desprendieron y se irán como jirones de viento…

No tenemos palabras para asentarnos y comprender,
innumerables explicaciones lo pretenden
pero no encajan, no cuajan,
dentro sabemos que no.

La prisa que nos trajo aquí es sólo ruido ya,
tal vez siempre lo fue, aunque creíamos en otras cosas,
ahora nos damos cuenta que el derrumbe
no deja nada en pie, sombras, ecos, restos;
la presencia desapareció, la presencia que asumíamos eterna.

Sentimos que nos falta aire, oxígeno,
sabemos que nos quedamos sin nada.

Es un naufragio colectivo inmenso
miles todavía no lo saben,
continúan atrapados, raptados por lo que ya no está,
ese oasis que creíamos
y se descubre hoy como múltiples espejismos.

Todavía hay quienes afirman que estamos de un lado
o de otro.

Ya no estamos en ningún lado,
el temor está dentro
y el gran vacío es un testimonio que emerge
y nos hará enmudecer muy pronto.

Vivimos un desgarramiento,
lo pretendemos postergar,
no es la cuarentena.
Ella sólo nos mostró a cabalidad
su evidencia.

Aun así, pocos escuchan dentro de sí
ese susurro que advierte
la densa neblina interior
que nadie puede disipar.

No dejemos de ver las palmas de nuestras manos
a pesar del ardor en los ojos, no nos equivoquemos.

El Silencio

Es lo más antiguo que conocemos,
nos acompaña desde el primer respiro,
antes del grito y la palabra;
está detrás de lo que vemos,
es el paisaje, su oculto palpitar.

Molecular, pequeñísimo, milimétrico,
y a la vez inmenso…
el silencio está aquí, en cada rincón,
en cada posibilidad que se apunta.

Ahora mismo en esta madrugada que se retira
son los pasos que damos,
el aire que circunda,
la espiral que nos sostiene.

El ruido de cada día,
que absorbe y absuelve.

Los orgullos de todo tamaño y dimensión
se desmoronan en sus trazos;
cuando lo encontramos nos reconcilia
con nosotros mismos.

Su poder es tal que no existe nada que se le asemeje,
no hay comparación posible,
ni la imaginación misma alcanza a vislumbrar
su estrujante quehacer.

Ahí donde está, nos reconocemos por primera y última vez;
hasta el infinito que se revela cuando nos asume su presencia.

En estos días de aturdimiento,
a la hora de la ambrosía,
con tus manos en el pecho
escúchalo dentro y fuera;
cuando te abandonas, y abrazas
su invisible esencia que sostiene la visión.

El silencio fértil de la propia imaginación
es su registro, su huella indeleble,
la puntada precisa que permite reunir
lo que está separado
la certeza que retorna.

Zumbido

Dejó de ser un murmullo hace tiempo
hoy es un penetrante zumbido,
su intensidad crece
absorbe las múltiples voces
que pretenden decir lo que sucede;
ya no alcanzan, son parte de lo mismo,
este aturdimiento que nos cerca
y busca terminar con nuestras palabras
incluso con la posibilidad única
de fundar una conversación posible.

El zumbido acecha cada paso que damos.

Es el tiempo de la destrucción,
y ésta apenas inicia;
lejos de tocar fondo.

La devastación en su crueldad domina;
sus cifras parecen inverosímiles,
no lo son, apuntan a un dolor mayúsculo:
la locura revestida de normalidad;
una creciente jauría suelta
entre el estallido de los vidrios.

La inclemente guerra que muy pocos advierten,
ya está aquí descrita día a día;
convocada por esa medusa de cuya soberbia
nacen mil cabezas.

Todos la promovemos de una u otra manera
la invocamos, ignorando que no tardan
en rasgarse las cortinas.

Las ventanas desnudas
con nuestros rostros atónitos;
también serán blancos
para los francotiradores
de toda estirpe.

A nadie le importa realmente
la suerte del prójimo.

Estamos convertidos
en trágicas marionetas
de una grandeza evocada e imaginada
en las ácidas aguas de la memoria.

Somos estos espejos extraviados de sí mismos,
al descubrir nuestros crímenes
envueltos de buenas intenciones
de una insaciable prédica
horadada por el hambriento rencor;
la cicatriz de la orfandad que nos marca,
su extravío, el nuestro, esculpido por un engaño,
mezcla de ingenuidad y temor
costoso guion de simplezas
ya incendia cada rincón del paisaje.

Es la lluvia de ceniza
esta envidia mitológica;
por los poros de los segundos
retornan sus pulsaciones primitivas.

El mañana desaparece como un gran fogonazo
ante la mirada de millones,
estupefactos,
perdemos los nombres propios.

Nos convertimos en otra serie más
que alguien narrará
con subtítulos en español.

¿Quiénes somos?

1

Nunca antes nuestro planeta había sido tan pequeño.
Lo podemos llevar en los bolsillos;
los millones de habitantes están aquí
en las palmas de nuestras manos,
sus historias, sus sufrimientos, la suerte de sus alegrías,
las vemos y escuchamos;
y a veces también sentimos algo de todo ello.

A veces la perplejidad nos invade.

2

Somos de barro, aunque nos hemos ocultado tras el acero,
pero el agua, las arenas, el fuego, y el viento siguen siendo
el amanecer y crepúsculo de nuestros cuerpos.

Nos apropiarnos de las entrañas de la tierra
para levantar las fortalezas del metal:
hierro, litio, zinc, cobre,
el imborrable oro, y la plata tan deseada;
imaginamos toda clase de paraísos
a la vez que emergieron toda clase de infiernos.

3

Nos nombramos hijos de Dios,
enviados de los dioses.

Se edificaron iglesias, templos;
aprendimos a adorar
entre la bruma de lo invisible.

4

Nos rendimos ante los que se apropiaron de la verdad
y hablaron en nombre de ella dictando sus leyes y decálogos.
Enaltecidos nos condujeron a las guerras,
voluntariamente nos enlistamos en sus ejércitos.

5

He aquí que los Jinetes del Apocalipsis retornan;
pero esta vez nos hemos amurallado.
Aunque las plantas de nuestros pies
vibren el retumbar de la tierra:
¡Estamos firmes, estamos firmes!, se repite
en los inmensos megáfonos
que los pequeños auriculares reproducen.

Se oyen otra vez las voces de los guías:
nos ayudan, afirman ellos:
los portadores del abismo.

6

En la habitación de la madrugada
al recordar el aroma de la menta y
la yerbabuena;
la humedad de la arcilla
se convierte en nuestro decir.
Y lo que resta de nosotros

es sólo una oración.

Quien la guarda
alumbra la presencia.

Quien la pronuncia
está en paz.

Las palabras

… como las aves y sus nubes de alas grises
son también hormigas, tarántulas, jaguares,
guacamayas, jirafas, ciervos
y unos cuantos secretos;
el sol al mediodía y la luna llena;

las copas de vino y sus cristales de anhelo,
música presentida en el umbral del vidrio;
la dicha de abrazarse, su tristeza antes de partir,
la remembranza del afecto un paso adelante;

la lluvia, sí, la lluvia,
ese milenario abecedario
danzante de campos y techos;
geométricas moléculas
del *tac tac tac tac*…
que arremolina sus gotas:
fértiles ascienden, y retornan;

y la Torre de Babel en su pintura
se derrumba en el "nadie-escucha":
el siniestro estruendo de la ruptura,
estertores y gritos, columnas de humo,
puñales y navajas,
pólvora de minuciosas incisiones;
el divorcio de la lengua,
sus postergadas tareas
en el cómplice silencio.

Dispersos ya los vocablos
sin anclaje y sujeto,
son plagas e incendios,
queman rostros, envenenan la tierra;
y aniquilan de un día para otro
la cordura y sus sentidos;
más letales atentan
contra las mismas almas
que imploran su vida

entre las correrías del viento.

Los ángeles,
de palabras impregnan
su resplandor y soltura,
y por una extraña razón
no saben pronunciarlas:
mudos en su presencia
desconciertan.

Consonantes y vocales,
evaporadas y extraviadas,
retornan,
y desde su esquiva esencia
nos interpelan.

Son sagradas,
y lo hemos olvidado.

El vientre de la neblina

La noche es la talla de la obsidiana
su cascada de luz se escucha:
son nuestros sueños.

También es un lugar habitado,
lo nombran Xilitla;
puede estar en las montañas de Tailandia
o en el camino a Baler en Luzón, Filipinas;
pero está aquí en México, en la Huasteca potosina.

Las casas adheridas a las montañas,
enjambres de piedra, desechos e ingenio;
el desorden arquitectónico tan propio,
paradoja de un trópico temprano y milenario
que resiste y se adhiere trepando de cemento
esos verdes innumerables en apariencia y sólo árboles;

resisten a esta invasión del día a día
al ser bautizados como habitantes del surrealismo
que dejó un noble despojado de su linaje,
constructor de alucinaciones:

el siglo XX así fue, una explosión cuyas ondas disruptivas
perduran en el exilio del paraíso hecho añicos,
de ahí su castillo en la selva levantado durante la guerra fría
(la deconstrucción del orden) (el silbido de las bombas que perdura) en búsqueda de aquel jardín original del cual nos expulsaron a puro cincel de la ciencia (no bíblicamente).

Un orden nuevo adherido al átomo y a sus códigos encriptados
y descubiertos de vida y muerte: no más *ghettos*,
no más ciudades incendiadas, la nueva promesa:
un pacto de sangre universal; el terror contenido en la mutua conveniencia.
Cada quien carga porciones de alegrías y desdichas,
James provenía de las pesadillas más oscuras;
y sólo el arte y su alquimia, sabemos,
retornan el sentido de las cosas.

Irrumpieron gracias a los espeleólogos del alma,
antiquísima secta de huérfanos de sí mismos,
mineros de la ensoñación trazada
por los pinceles del atrevimiento
y las palabras amantes de los 4 vientos.

Poderosas intuiciones, esas pinturas y caligrafía sonora,
vasos comunicantes de una era que dieron nombre
al estallido de la mente, su evidente presencia,
en claroscuros diseminados ante el palpitar del océano interior:
el imán del corazón; sus tonalidades de aciertos;
esos colores de las aves y el silencio heredado
de la sombra de los jaguares,
observado desde el último escalón
que lleva al paisaje del vacío interior;

un salto sin paracaídas antes de partir
las sombras del Ser aparejadas, sin aplausos,
en emergencia permanente
orientadas por el giro de Kali,
sus diestros pasos en su retorno hipnótico
por creernos dioses.

En este lugar no fue así, se renunció a esa ambición:
un conocimiento resquebrajado
presente en los nidos de las familias
atados por hilos del color: flores animales astros
atenidos a la tierra y sus estaciones;
la costra del tiempo desprendiéndose
en el cruce de los caminos de las dudas étnicas
ausentes de una pretensión mayor de dominio,

el calor propulsor de insectos,
la lluvia sinónimo de bendiciones,
los elementos todos forjaron un ritual amoroso a ras de tierra;
el ardor de los dioses que descendieron de sus 13 cielos
desde los inmemoriales tiempos, y ya no regresaron
se quedaron aquí entre nosotros,
junto a los ancestros,
hechos huesos en sus tumbas,
cubiertas de este cúmulo de vida
que las hojas como abanicos
y las orquídeas como espejos

en vuelo de mariposas cuidan.

Aquel mecenas extranjero no dudó,
sembró las palabras de los profetas olvidados,
y rindió homenaje a la pasión desnuda
en su reino evocado y primigenio:
el refugio del agua que nos sobrepasa en su inmensa sencillez.
Diosa del único poder, del único privilegio que tenemos:
los segundos de vida en la proporción vastísima de los cielos; su voz caudal de nombres
propios sin los cuales la locura impera.

Y ya entonces en esas fotos del cajón
el olor de las gasolinas se filtraba aún discretamente,
hasta llegar a estos días que se mezcla con el agua
y desciende por las calles al anochecer;
los aguaceros que revuelven la mierda y el aroma de los jardines,
refrescan y dejan sus hélices de zancudos
y una y otra vez advierten, nos advierten…

La corta memoria quiere negociar su estancia,
y se atrapa en un vocablo incierto:
el turista que sabe que ya no cuenta
con un cinturón de seguridad;
es un nómada con escasos oasis
en el laberinto de sus espejismos;
un habitante frecuente, explorando,
tal vez sin saberlo, su propio extravío.

Xilitla es un lugar de peregrinaje,
como todos aquellos que comparten
un vago anhelo de escuchar, percibir,
tocar, oler, ese jardín evocado,
donde las antiguas escrituras advierten
el origen de la tierra prometida, del paraíso perdido.
Lo cierto es que aquí a pocos interesan
esas historias de las ciudades.
Aquí entre los pisos que son azoteas,
entre los tinacos que son los ojos de agua,
entre los cables que son las lianas,
entre los coches que se arrastran en las laderas,
entre la bella sonrisa que perdura
de la mano del humor, la pena y la extrañeza,
en medio de la cruel y rutinaria violencia;

entre los estamentos sociales que el orden público negocia,
para uno y otro lado; entre el golpe seco del dinero,
que define lo cerca y lo lejos, lo cierto y lo que quién sabe,
lo posible y los sueños equivocados y esperanzadores;
aquí en Xilitla las montañas todavía hablan
y hay mujeres y hombres que las escuchan,
saben de ellas y las protegen a su manera,
junto a los ríos y sus pozas
que poco a poco se contaminan y secan.

Esta neblina que llega la anuncia el tono de un celular:
son las primas, indagan la suerte de toda querencia,
sentadas en esos balcones de sus calles empinadas,
cada tarde comparten las minucias de un día más.

El tianguis de la resistencia

Entre los agudos cantos de los gallos
(agujas que pinchan las primeras gotas de luz
para evitar el extravío)
y los gritos de los ebrios
(estertores de sus engaños)
y los maullidos de los gatos
(incisiones latentes de lo inefable)
y los ladridos interminables de la perrada
en Xilitla invade la madrugada
preñada de augurios.
Pueden atemorizar
ante la aparente indiferencia
de las señales del más allá
que nos advierten
de los días y semanas
y hasta meses sombríos
que acechan a la tierra misma
y sus pueblos ignorándose.
Todo ello en el ánimo callejero
y en la implacable necesidad
de sobrevivir
intercambiando los productos
de un comercio milenario
de plantas
verduras frutas granos
y demás alimentos
que sostienen a miles en las montañas.

No importa la infame pandemia
nada se puede contra ella
la prevención es un síntoma secundario
impuesto en todo caso
pero no asimilado y sólo aceptado a medias
para no dejar del todo
y soltarse por completo
del cuerpo de todos
porque lo que es cierto
se reconoce a leguas

también allá arriba
sobrevive
en los bosques de humo y nubes.

Días y noches
este abanico
de luz y oscuridad
donde buscamos saber
quiénes somos
entre la seca tos
el dolor de los huesos.
Y la cabeza
cada vez
más pesada
en su propia
confusión.

I

Una mesa.
Una silla.
Una cama.
La lámpara
y la ventana.
Las paredes vacías.
El techo blanco.
El piso de mosaicos morados.

Cierro los ojos,
la pausada,
y honda respiración,
reconoce la presencia.

Habito este cuarto en silencio;
me esfuerzo por mirar dentro
para saber qué es todo esto.

No encuentro la respuesta,
aunque la sienta.

No encuentro las palabras,
aunque las escuche.

Hay un hueco inmenso… en la habitación.

Este ejercicio del desprendimiento
que nos acompaña desde el inicio:
cuando nacemos,
el fugaz instinto lo encarna.

II

Ahora no está oscuro,
una bruma dorada se despliega.

El índice del infinito nos sostiene,
señala la inmensa noche.

Aunque encendamos todas las luces,
habrá que caminar en la densa oscuridad;

hay que entenderlo para no tropezar,
ni perdernos;
y esperar, saber esperar.

Ya pasará también,
no tardará...

Es un corto pasaje,
ciertamente doloroso,
a veces locuaz,
siniestro e inevitable.
No perdamos nuestros nombres.

La razón del corazón

Orar
sin palabras,
dejar que el viento nocturno
descifre el camino

Nosotros

Es el mar que se escucha

Nosotros
El agua estremecida en su oscuridad

Son los sueños dispersos
las máscaras despojadas de sus gestos
el silente estar de las almas

Nosotros

En la tertulia de los astros
sus inmensas distancias…

Este enigma que nos oculta
al despertar del azoro

Nosotros

Pretendemos seguir ignorando

La proporción matemática
La geométrica danza
La infinita sagacidad
del instinto
al perdurar
en este saberse ya
desnudos de los sentidos

Ligera certeza de habitar el misterio
e ignorar día día

su candente presencia

Nosotros

Todavía intentamos conjugar
las horas que se suman y restan
pretendiendo el dominio ajeno
que sólo nos aleja

Nosotros

ignorando lo que somos
dejamos de escuchar;
esa suerte echada cada madrugada

las palabras sueltas
que en el corazón resuenan
sin que logremos saber
de qué trata todo esto

Carajo
la vida cierta
y su inminente desaparición.

Tríptico del tiempo. Del calendario

I

Se desprenden
las hojas de los días,
se nombran desolación.
Esa semana,
estos meses,
estos años
se nombran desolación.
Está por todos lados,
se le convocó
cuando el copal impregnó los sueños
para celebrar a las deidades de barro
ante los ojos de millones
que confirmaron el sacrilegio.

El cielo está deshabitado.
Los dioses se mudaron.

Convirtieron a las palabras en ponzoña
ignorando la ambrosía de su pronunciación.

II

El águila devorando la serpiente
ya no está;
el hueco de su helado viento
levanta las cenizas.
El sol en el cenit
incendia las pupilas.

Llega la noche al mediodía;
los corazones dispersos sobre el pedregal

derraman el rojo de la sangre.

La ligereza radiante de tu alma

La memoria es un jardín de luz, a veces asemeja una nube dorada; es la remembranza misma de quien ha partido que se teje en los afectos de quienes quedan con el anhelo suelto…

Por eso te escribo esta carta,
cierto que hace años se terminaron,
las de la pluma y papel,
las del tiempo para pensar
cada palabra y sus tachaduras;
y su gusto de viajar por días o semanas
hasta llegar a su destino;
y descubrir que el mundo también
es un lugar de caminos truncados…

Me hubiera gustado escribirte meses atrás, pero ya no se acostumbra, nos hemos despojado de ese tiempo, para en verdad hablarnos unos a otros.

Ahora que has partido, Armida,
te cuento que varias de tus amistades
sentimos los últimos segundos que se desprendieron
de tu corazón al final de sus latidos;

algunos sin saber de la gravedad por la que atravesabas te vieron en sueños la noche anterior,
te buscaron preguntando dónde andabas,
hablaron contigo esa última mañana, no solían hacerlo;
en mi caso, un día antes, llegó tu imagen, tu sonrisa nerviosa,
tu ansiedad domada, tus ganas enormes por vivir
y compartir con quienes estaban cerca
tu gusto y compromiso por la amistad creativa;
la que sabe acompañarse superando los pleitos que suelen aparecerse desde la primaria y sus patios hasta hoy en día, en este país que ya está en guerra,
con sus ejércitos y héroes de un bando y otro.

La capacidad de tu corazón permitió expandir tus afectos más allá de esas divisiones y uniformes,
de la obsesión social por los calificativos
para levantar los pequeños patíbulos

de la vida diaria que alimenta la maledicencia.

Heredera de una pareja amante de las letras
y del ritmo de la Luz y la sombra
de ese México de tejas y techos inclinados;
de los libros, el gran tesoro de una biblioteca
de quienes creen que el ser humano sabe algo
que vale la pena conocer,
para entender mejor por qué andamos aquí
y muchas veces para qué;
verdaderos códigos del alma.

Creciste en ese jardín de la imaginación, del conocimiento
no lejano en su fe al bíblico paraíso perdido,
entre miles de palabras contenidas
y de pronto desplegadas, en sueños y pesadillas
de los cielos e infiernos.

La guerra fría dejó su textura en los lomos
de aquellos libros de la adolescencia.

Un poco y un mucho estos recuerdos ocultos
esperaban dejar la sombra del olvido;
y tu nombre con insistencia,
el nombre que es bautismo,
identidad, rostro y corazón, apareció
(¿dónde estará Armida?)
y no encontré el número de tu celular.
Extraño, pensé en buscar más tarde
a alguna amistad en común para conseguirlo.

Armida, cuando Gualu, tu querida prima
escribió para decirme con dolor que te habías ido;
tardé unas horas, hasta la madrugada
para poder verte nuevamente;
ya sin humores, velos, cortapisas,
con el viento interior de la madrugada
que sacude las cortinas destejidas
de los días meses y años,
reconocí como siempre
el abrazo de tu generosidad,
lo maravilloso cotidiano del poema…

Pude ver una de tus últimas fotos en el hospital:
tus ojos estaban más que despiertos
(eran la viveza de la infancia y adolescencia
inspirados de su azoro);
a pesar del pulmón que desaparecía
y un corazón casi inaudible
hasta el súbito desmayo.

Probablemente ya comenzabas tu travesía y lo sabías,
y por eso cuentan que estabas en paz y contenta;
otorgándole así a tu muerte
la misma dignidad con la que viviste.

Estoy convencido que nos dejaste un último mensaje,
sencillo, sin aspavientos;
tú, que en tu vida estuviste en medio
de las imbricadas texturas del intelecto,
donde la historia y la literatura se funden
en la gran ficción de la realidad misma,
esta ilusión que no terminamos de descifrar.

Tal vez esto descubriste,
y esa mirada bella y dichosa
de tu asombro y entereza
verbalizó una palabra
que tocó mi hombro para decir,
como un soplo al oído:
Adiós,
cuando ya habías partido.

Gracias, amiga.

El reloj del silencio

No hables, espera;
que las manecillas den vuelta.
Deja que el tiempo se esfume,
quédate así, en silencio,
ni la gracia de tu palabra otorgues
ni una hora ni un minuto
ni siquiera un segundo para una letra.

Sin habla y sin miedo
en medio del universo.

Qué soledad tan inmensa.
Qué libertad tan descubierta.
Qué asombro sin sombras.

Deja que las manecillas den vueltas.
Y el aroma del café caliente
en su neblina de montañas
envuelva el fruto rojo del sol
y su torrente de sangre.

Sí, sólo el silencio
con todas sus respuestas.

La alabanza de las palmeras…

I

… a orillas del ir y venir
de las montañas al desierto
—parpadeo que alumbra—
en las encrucijadas de cada rincón;
donde las bugambilias se adhieren
como un signo festivo
que nos recuerda esa soltura
de los colores y sus caprichos:
gratuidad pura que nos confronta.
La siempre naturaleza
que dejamos de lado,
como si fuera tan fácil
olvidarnos de quiénes somos.

Pareciera que no tenemos la menor idea
de lo que significan las palabras
que llevamos;
una y otra vez se propagan
encapsuladas en pretensión e ineptitud;
nos afiliamos a nuestros propios decires
alejados de nosotros mismos,
alejados de la tierra y del cielo.
Creemos en nuestros relatos, no tenemos más...
Nos convertimos en estos personajes trágicos
de un efímero poder cuya presunción
sólo oculta su ignorancia supina.

II

Cómo retornar a nuestra morada
a su primigenia promesa,

a la evidencia que nos expresa.
Cómo retornar a ese camino
que cruza la muerte
y no necesita de guía alguno,
ni de doctrina, líder o iglesia.

Tal vez sea el momento
ante este descalabro mayúsculo,
locuaz y cruel
que festina su presencia.

Tal vez sean estos días,
cuando el miedo y la muerte derriban las certezas
y aniquilan los sueños.

Tal vez, si guardamos un silencio profundo
y nos percatamos de ese infinito
cuya mayor virtud es saberse ignorado.

Tal vez así,
escuchemos la parvada de aves
saltar las cuerdas del viento,
mientras la lluvia empapa el paisaje
que nos llama;
y abrimos las puertas de nuestras casas
y barremos las hojas caídas en las aceras
y damos unos pasos sin buscar nada.

Deambular del alma,
deambular en las horas que restan
con la fértil confianza interior
que nos acompaña.

Mientras del otro lado del vidrio
el rencor anida y la paz se hace migajas
en la mesa del desayuno.

El lugar de la resistencia

Es un respiro en la madrugada
y si fuera con mayúsculas
seríamos la puntuación:
el cielo, el árbol, el río
ese ir del agua y nosotros;

y si el silencio lo permitiera,
la tertulia de lo cotidiano,
de lo que lleva cada uno,
se despojaría de su quehacer;
y en esa ambrosía del tiempo desnudado
la inmensa gratuidad donde nos alojamos
palpitaría.

Olvidamos esta hondura
esta presencia
al inhalar y exhalar
cuando se expresa
el extravío de pretender ser
más que los dioses.

Es también luz microscópica
la certeza de sabernos
en los poros de la conciencia.

Somos una historia de resonancias
apenas percibimos sus relieves,
y todavía queremos apropiarnos
de lo ajeno fuera y dentro.

La humildad es el registro
de la infinitud que nos aproxima,
a esa fuerza de atracción
donde transcurren nuestros días.
Solemos olvidar ese tránsito
solemos involucrarnos de más;

y así perdemos el sutil tacto

que sostiene los amarres

del tiempo y sus cosas.

El boleto es sólo de ida

Dejarlo aquí así,
en este agudo sentir,
sobre las sábanas tendidas
la textura filtrada de los sueños;
y en la mesa,
en la servilleta
de frágiles silencios,
el humor de los labios,
un soplo dulce y agrio.

Soltar incluso los apuntes,
el bosquejo que llevamos,
los humores que nos habitan
los anhelos de buena fe
y los apegos que se resisten.

Emprender los ajustes,
y tal vez lo más difícil:
tomar distancia de uno,
separarse de la biografía,
de las notas afinadas y graves,
de los aciertos y manchas.

Reconocer la bruma
que nos acompaña,
esa miopía existencial,
y la humedad que se retira.

Inyectarle a la vida
la extrañeza primaria,
previa a los nombres.

Y en el vaivén del autobús,
en sus continuas paradas,
mirar la rutina
bajo los párpados dosificarla;
y sin dormir aún,
escuchar el pesado motor

sus frenos y su quemadura.

El subir y bajar
en cada esquina:

mientras,
el pulir de las emociones en el pensamiento
alcanza nuestras palabras;
y en su metódico ritual de conjugación
incinera sus verbos.

Sin saber bien a bien
cómo
por qué el silencio,
por qué su hondura
en este abrir
y cerrar de ojos.

La elaboración del espub estuvo a cargo de Logos editores.
José Vasconcelos 249-302, col. San Miguel Chapultepec, 11850
Ciudad de México, tel. 55.16.35.75, logos.editores@gmail.com